

## Iquitos

## A bordo de un crucero por el Amazonas

El Selva Viva es un bote de madera que lleva siete años explorando las distintas facetas del mítico río Amazonas, siempre al encuentro de sus comunidades. Este es el diario de un viaje a través de una Amazonía auténtica.

Escribe Christelle Bittner Fotos Nicolás Villaume



**A**nclado en el puerto de Iquitos, el Selva Viva lleva con orgullo su blanco immaculado y sus colores gallardos. Pequeño y macizo, con sus tres pisos, este bote fue construido enteramente en madera. Si tuviera ruedas, podría haberse ganado fama como un vapor a lo largo del río Mississippi. Pero es el Amazonas el río por el cual sube y baja con doce pasajeros como máximo. Construido por la ONG franco-peruana Latitud Sur, hace escala en comunidades poco turísticas y sus ganancias permiten recoger fondos para proyectos.

Pequeño y esbelto, con porte militar, Hernán es capitán del bote desde hace cuatro años. Pantalón y camisa color crema, escudos y galones en la espalda, lentes de aviador, Hernán reina sobre

una tripulación reducida: piloto, mecánico, timonero, cocinera y asistente.

El solo nombre Amazonía resuena como bosques enredados, pueblos nativos y animales salvajes. Desde la ventanilla del avión vemos el río serpenteante bordeado de una espesa selva; lo vamos a navegar, a surcar para perdernos en unos de sus afluentes, el Yarapa. La Amazonía ya no es la virgen con la que fantaseaban los exploradores. Pero cuando el Selva Viva arranca sus motores y se lanza por el brazo gigantesco del Amazonas, la mirada de cada uno de los afortunados pasajeros se pierde en promesas de encuentros y llegadas a otro mundo. Al fin y al cabo, este bote se llama Selva Viva.

**AL RITMO DE LA HAMACA**

A nuestro lado hay canoas, rápidos y lanchas de carga que van y vienen de Pucallpa o Yurimaguas. En Iquitos, donde la única pista asfaltada no mide más de 100 kilómetros, el río es nuestra carretera. Apenas nos alejamos del puerto se transforma en el equivalente a una ruta panorámica. Nos pasa un bote, nos saludan. Desde la terraza, encima del bote, atrapamos al vuelo estos encuentros de un instante. Las sonrisas se forman, hasta que los cuerpos quedan dormidos por la oscilación de las hamacas. Despertamos bajo una copiosa lluvia. El río y el horizonte parecen unirse. Los mosquitos nos obligan a refugiarnos en la sala. Un sofá, un libro. Estamos como en casa.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, el Selva Viva se sacude y sigue su lenta progresión. A bordo del bote anexo a motor, que usamos para cada salida o expedición fotográfica, encontramos un pescador de carachama en su frágil balsa. Uno se dejó llevar por la corriente desde Tamanco, a cuatro o cinco días de camino, y aún le quedan al menos tres días de viaje hasta Iquitos.

En las orillas, inmensas palmeras se dibujan contra un cielo perfecto. Son las que producen el aguaje que comimos ayer. "Latitud Sur, por ejemplo, colabora desarrollando y promocionando un sistema de arneses para poder recolectar rápidamente este fruto y así manejar este recurso de forma sostenible", explica Bruno, el guía a bordo.

**Todos los días se hacen excursiones alternativas como pesca y trekking, entre otras. Estas se encuentran incluidas en la tarifa.**



Cada árbol de aguaje alberga en su cima unos 200 kilogramos de esta pequeña fruta. Cada mes se estima que se cortan unos 15 mil ejemplares de estas palmeras.

**Temporadas**

*Entre mediados de octubre y mediados de marzo es temporada de lluvia. Encontrarás más vida dentro del agua pero pocos animales a la vista. A partir de abril gran parte de la selva aún sigue inundada, pero se puede descubrir en el bote auxiliar. De junio a septiembre es temporada seca, ideal para hacer trekking en el bosque.*

El barco mide 22 metros de largo y ofrece una cabina Premium con cama matrimonial, 3 dobles o matrimoniales y 2 cabinas simples.



Los almuerzos desbordan en sabor. Aguaje, cocona y chonta son parte de la mesa.

**LA SELVA MURMURA**

En la tarde, el brazo del Yarapa está a la vista. Este afluente más estrecho es nuestra puerta de entrada a la selva. Todo empieza con un campo verde eléctrico. El brazo del río se angosta y la naturaleza surge: los martines pescadores vuelan al ras del agua, las garzas y grullas vigilan impasiblemente con sus delgadas patas sumergidas en el agua. Las raíces de los árboles abrazados por las lianas surgen del agua como marionetas. La humedad nos envuelve. Ya llegamos a Jaldar, la primera comunidad que visitaremos. Las mujeres exponen sus artesanías: pulseras de huairuro y cáscaras de huingo grabadas. Antes de que caiga la noche, lanzamos las cañas de pesca. Recogemos algunos bagres. A bordo, todo está listo para freír.

Con las primeras luces del alba el bosque resuena. Desde que empezaron a llegar turistas, la comunidad de Jaldar dejó de vender su madera. Luis, nuestro guía local, nos habla de su selva. El "jergón sachá", un árbol que se parece a la serpiente y cura las mordeduras; las "chambira", que trenzan; la "yarina", cuyas frutas apagan la sed del caminante; la "katawana" y su resina, que puede envenenar todo el río; la "chonta" y sus refrescantes láminas. Hasta la liana madre, la ayahuasca, cuyas cortezas utilizan los chamanes para conectarse con la mente. Esta mañana no vimos ni monos ni tarántulas, pero los delfines rosados de la Amazonía comenzaron su ballet. Las leyendas dicen que este "gringo" disfrazado seduce a las mujeres de los pueblos y

se las lleva. El miedo que suscita permitió protegerlo. En Samiria nos esperan Roidy y su padre para guiarnos por una caminata a través de la selva, domesticada hasta Tapira Chico. La yuca, el maíz y los plátanos fueron sembrados. La última visita será con Pablo, que posee 68 años de vida de los cuales 45 ha dedicado a construir botes de madera. Su hijo asumió la herencia. Son los últimos. Un trabajo de artesano con herramientas básicas. Casi un trabajo de costurera, a puntadas. Se necesitan casi 15 mil clavos para hacer una lancha. Así nacen elegantes embarcaciones de madera que crujen con el peso de los pasos y entre murmullos nos cuentan historias. Hace poco fue lanzado el proyecto de construcción del Selva Viva 2. ■



**Guía del viajero**



**¿Cómo llegar?**  
**En avión.** Lan (lan.com), Star Perú (starperu.com) y ahora Avianca cuentan con vuelos desde Lima a Iquitos. Tiempo: Una hora y media. Desde: US\$ 90.



**El Selva Viva.** Cuenta con salidas todo el año, con un mínimo de tres días y tres pasajeros. El bote navega por la Reserva Pacaya Samiria, a lo largo del río Yarapa o Nanay. Por la Reserva Allpahuayo-Mishana hasta la zona de las tres fronteras (Perú-Colombia-Brasil), bajando por el Amazonas. Se crean programas temáticos que pueden incluir pesca deportiva, paseos botánicos, ornitológicos, antropológicos o chamánicos. También proponen vacaciones solidarias para participar en proyectos solidarios y brigadas médicas.



Precios: Desde **US\$ 519** por persona en el paquete de tres días y dos noches en pensión completa y con acompañamiento trilingüe. **Contacto:** Arno o Bruno en iquitos@latitudsur.org / facebook.com/latitudsur.org **Teléfono:** 96587-4685.

**¿Dónde hospedarse?**

Casa Morey. En una antigua casona renovada con piscina, aire acondicionado y Wi Fi. Desde US\$ 70. Dirección: Plaza Ramón Castilla. Teléfono: (065) 231-913. lacasamorey.com Hotel La Casona. Habitaciones modernas con baño privado y un luminoso patio para relajarse. Dirección: Av. Fitzcarrald 147. Desde S/. 75. Teléfono: (065) 234-394. hotellacasonaiquitos.com.pe